

JUAN PABLO II, EL GRANDE

DORA AMADOR

En 1998 la revista Vitral sacó una portada muy linda con una foto de Juan Pablo II sobre una palma y una bandera cubana. Es la que tengo montada en un marco y colgada en la pared frente a mí, detrás de la computadora. Sólo tengo que levantar los ojos de la pantalla un poquito y lo veo. Pero además tengo una imagen de él en el pequeño altar donde rezo, junto a Cristo y la Virgen de la Caridad. Tanto me inspira, tanto quiero al Santo Padre cuya beatificación será este domingo 1 de mayo, Día de la Divina Misericordia.

Día grande, porque grande es el hombre cuya vida se estará celebrando y honrando en Roma y el resto del mundo. “¡Santo Súbito!”, gritaba la gente en la Plaza de San Pedro en 2005 pidiendo su inmediata canonización cuando murió. Día triste como pocos en la que mis lágrimas se unieron a las de millones de creyentes que llorábamos su muerte, todos entrelazados como en un abrazo a través de la televisión. ¿Quién olvida ese atardecer, esa noche en vilo a la espera de la noticia? ¿Cómo se puede amar así a alguien que, por lo menos yo, nunca conocí personalmente? Sí, lo vi una vez. Era un miércoles en la Plaza de San Pedro, y Juan Pablo II pasó entre nosotros haciendo su recorrido para saludar al pueblo allí reunido. Pero mirando hacia otro lado entretenida en no sé qué, de pronto escuché: “¡Ahí viene!” Rápida me viré, pero más rápido pasó él. Sólo logré ver, como un esplendor, su cabello blanco que se alejaba. Con eso me bastó.

Tengo razones para sentir su paso por mi vida como el paso de Dios. Cuando leí *Cruzando el umbral de la esperanza* mi fe creció, pero además ocurrió que, como dice el Evangelio que le pasó a los discípulos de Jesús, “se me abrió el entendimiento” y mis ojos vieron muchas cosas, comprendí. Mi creciente admiración hacia él culminó cuando supe sobre su vida –la mejor biografía es la de George Weigel): la pérdida de sus padres y su hermano, su juvenil desamparo y su soledad en aquellos años en que Polonia estuvo bajo el dominio nazi primero, comunista después. Todo lo que pasó esa alma noble que se iba tallando en el dolor, en los campos de trabajo forzados cortando piedras, después escondiéndose de la policía secreta, el hambre, el frío, la falta de cariño familiar, su fuerte atracción al teatro y a la literatura, y a una mujer a la que renunció para entrar en el sacerdocio. Karol halló su razón de ser en Cristo. Como Francisco en el siglo XII, Karol Wojtyla es un verdadero *Alter Christus* del siglo XX.

Entre las millones de conciencias que transformó está la mía: con sus viajes, sus mensajes, sus encíclicas, sus catequesis y homilias, la imponente creación de inéditas Jornadas: de la Paz, del Enfermo, del Inmigrante, y otras de vital importancia para acercarnos al dolor del mundo e impelernos a actuar en él. Salvarlo. “Si quieres paz, busca la justicia” nos decía.

Y después concluyó uno de sus mayores empeños con la publicación del magistral Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, de lectura imprescindible para todo cristiano,

diría para todo ser humano. Implicarse en política y en la vida pública es un deber insoslayable de todo católico. La vida, vivirla en coherencia con la fe.

¡Ay! Que las futuras generaciones jamás ignoren que fue este Papa quien derrotó el comunismo. Sin violencia, con diplomacia y sabiduría. Y oración.

Y no olvidemos esos otros dos legados inmensos: Las Jornadas Mundiales de la Juventud y el Encuentro Ecuménico e Interreligioso por la Paz en Asís.

Quise ir a verlo en Cuba en 1998, y llené todos los documentos a tiempo para ir con un grupo que ya contaba con un vuelo charter. Todos fueron, pero a mí me negaron el permiso de entrada a mi país.

“El misterio de la iniquidad”, decía Juan Pablo, que meditó mucho sobre el tema del mal, con creces experimentado por él. Tiene poder, pero no vence, no tiene la última palabra.

Le doy gracias a Juan Pablo II por muchas, muchas cosas, él ha caminado conmigo en muchas etapas. Ahora le doy gracias por enseñarme a no tenerle miedo a la vejez, no tratar de ocultar su terrible faz, todo lo contrario, llevarla con dignidad hasta el final. Eso también nos lo enseñó mostrándonos su fragilidad. ¡Con qué entereza, con qué humildad!

Oh Dios, rico en misericordia, que has querido que el beato Juan Pablo II, papa, guiara toda tu Iglesia, te pedimos que, instruidos por sus enseñanzas, nos concedas abrir confiadamente nuestros corazones a la gracia salvadora de Cristo, único redentor del hombre. Él, que vive y reina.

Tomado de El Nuevo Herald
Publicado el jueves 28 de abril del 2011